

lo que su idioma está por encima de todos los contrastes del pensamiento y de la voluntad. El pensamiento alemán, sin embargo, y la conciencia alemana son por naturaleza protestantes.

Contemplando así los hechos, se reconoce fácilmente cuán necesario fué, en un sentido aún más alto, que una gran parte de la nación alemana se apartara de Roma y buscara independientemente su camino hacia el mundo del más allá. Fué una necesidad, y, a pesar de todo, resultó un beneficio.

CAPÍTULO OCTAVO

La victoria de los príncipes — La paz religiosa — La contrarreforma — Intervención de España — La elección del emperador Fernando II — La aventura palatino-bohemia — La guerra en Alemania — La victoria del emperador — Gustavo Adolfo — Entrada de Francia en la guerra — La paz de Westfalia — La Alemania de 1648.

La paz de Augsburgo había dado doble resultado: la victoria de los príncipes sobre el emperador, tanto en el problema constitucional como en la cuestión religiosa. Alemania siguió siendo el país de la descentralización estatal; casi puede decirse de la disolución del estado, y además el país de la división eclesiástica. En la lucha por la situación dominante en el Reich, que llenó todo el período del reinado de Carlos V, los príncipes habían resultado no sólo vencedores en la defensa, en cuanto las tentativas del emperador por constituirse en soberano verdadero habían sido anuladas, sino que habían logrado también considerable aumento de poder. En todos los territorios, evangélicos y católicos, el príncipe se trocó en señor de la Iglesia. Esto es palpable donde se acepta la Reforma: las iglesias evangélicas son en todas partes iglesias territoriales y sus sacerdotes son empleados del estado. Además, las confiscaciones de los bienes eclesiásticos, naturalmente robustecen la riqueza del soberano territorial. Pero también en los territorios católicos el príncipe ha llegado a ser com-

petente en los asuntos de la Iglesia, porque ésta ya no puede existir sin él.

A esto se debe que el emperador, en las dos generaciones siguientes, tenga menos importancia que nunca; los emperadores de la dinastía de los Habsburgo, después del año 1555, no son ya un factor dominante, a pesar de su mayor dominio territorial; la incorporación de Bohemia a Austria la convirtió en un estado superior en millas cuadradas y población a todos los demás. Se hallan en constante aprieto, por su lucha por Hungría, que poseen sólo en mínima parte y donde los amenazan los turcos. Difícilmente hubieran podido resistir sin la repetida ayuda del rey de España (1). Ocurre así que el imperio pierde totalmente el puesto directivo, como en tiempos de Federico III; sólo que los príncipes ahora, por su mayor poder y por las necesidades de sus intereses confesionales particulares, realizan una política mucho más activa, sobre todo en el exterior. Presenta un fenómeno nuevo la conducta independiente de Hesia, Sajonia, Brandeburgo y, en especial, del Palatinado, en las cortes extranjeras, en Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Escandinavia y Polonia, coincidiendo con la política imperial o cruzándose con ella.

Esto fué consecuencia, aunque no necesaria, del cisma religioso. Con el tratado de paz de 1555, Alemania se hubiera conformado plenamente si la hubiesen dejado librada a sí misma. En cuanto a Alemania sola, el año 1555 hubiera podido cerrar la época de 1519. Debe atribuirse ex-

(1) El temible y arrollador avance de los turcos, enseñoreados ya del Mediterráneo, hacia la conquista de Europa, fué contenido por España, cuya armada al mando del hijo natural de Carlos V, Don Juan de Austria, aplastó definitivamente su poderío en la batalla naval de Lepanto el 7 de octubre de 1571. Aquí por segunda vez España, como antes en su lucha de siete siglos con los árabes, salvó la cristiandad y la civilización europea. (N. del T.)

clusivamente a la reiterada y constante intromisión de potencias extranjeras, que no sucediera así y que la lucha tuviera que recomenzar poco tiempo después.

La paz religiosa había establecido que cada estado territorial del Reich podía elegir su confesión y, al mismo tiempo, decidir con ello lo referente a la confesión de sus súbditos. Se había establecido una excepción para las representaciones de los estados territoriales eclesiásticos del Reich, es decir, para los obispos, los abades y las abadesas. Para ellos debía estar prohibido la conversión a la nueva fe: tal fué el contenido de la llamada "reserva eclesiástica". Los protestantes no la habían reconocido y cedieron en su oposición al conjunto total sólo cuando el emperador, en un documento personal, la "Declaración Imperial", les aseguró que la nobleza radicada en los territorios eclesiásticos, gozaría del derecho de ingreso en la confesión evangélica. Por ella, nobles, caballeros y ciudades de un episcopado o del territorio de un monasterio podían convertirse al protestantismo, mientras que el príncipe debía seguir siendo católico. Así que aquí tampoco nada se oponía a la difusión del protestantismo.

Esto debía considerarse solamente como una concesión personal del entonces emperador, pero una ley del Reich y por lo mismo de un valor y vigencia dudosos. Los protestantes se dieron por satisfechos con ella, sintiéndose los más fuertes. Lo eran en realidad. Poseemos testimonios de embajadores venecianos de los años posteriores (1557-59), que están contestes en que realmente las nueve décimas partes de Alemania eran ya protestantes y que sería sólo cuestión de tiempo que todo el país perteneciera a la nueva fe.

En efecto, no tuvo en cuenta al principio la reserva eclesiástica, hasta donde alcanzó la influencia de los príncipes protestantes. En toda la Alemania septentrional esta-

ba fuera de discusión; ya no había allí ninguna dinastía católica, por cuyo motivo los episcopados del norte, uno tras otro, elegían obispos a príncipes protestantes. Aun cuando éstos no recibieran la consagración, regían, sin embargo, como "administradores" su principado. De tal manera los episcopados se convirtieron en segundones de casas de príncipes vecinas, representando para éstas un nuevo aumento de poder. En el año 1577 se había llegado tan lejos, que en todo el norte de Alemania solamente Hildesheim constituía una excepción a esta regla.

Pero en aquel entonces el protestantismo ya había dejado atrás el apogeo de su potencialidad y comenzó el movimiento católico contrario. En el año 1573 el príncipe-abate Baltasar de Dernbach atropelló en Fulda la "Declaración Imperial" y compelió a la nobleza evangélica de su diócesis a volver a la Iglesia católica; en 1574 siguió su ejemplo el arzobispo Daniel Brendel, de Maguncia, en su territorio de Eichsfel, situado en medio de Turingia, y en 1575, en la elección de Rodolfo II, la "Declaración Imperial" no fué renovada. Había comenzado la "Contrarreforma".

No surgió de Alemania; se debió a la actividad misionera de una orden extranjera, a la obra de la orden española de los jesuitas y a la curia romana. En todo el mundo estaba empeñada entonces la lucha de la Iglesia católica para la reconquista de los territorios perdidos. La decisión se produce durante la guerra entre la Corona española y los Países Bajos en rebelión, en la que intervienen los estados vecinos, e Inglaterra da finalmente el golpe decisivo: En el año 1572 comienza la sublevación de esas provincias; en 1581 se realiza su separación formal de España, y el año 1588 trae la decisión, con la destrucción de la flota de

guerra española por los ingleses (1). Se habían echado los dados del destino político, religioso y espiritual de Europa.

Alemania casi no tomó parte en estos sucesos, salvo por los soldados, enganchados en su territorio para luchar en ambos campos. Asistió a la contienda con pasiva neutralidad, no obstante resolverse, al fin y al cabo en ella, su propio destino. Una intervención de su parte se había vuelto imposible, tanto por su situación como también por el carácter del protestantismo alemán.

Sus jefes, hasta ese momento, habían sido luteranos; en cambio el oeste se había inclinado al calvinismo, y en esto también, de acuerdo con la típica modalidad alemana, se sintió más lo separativo que lo común a todos. Esto no varió, ¡al contrario!, creció aún más, cuando el calvinismo, siempre pronto a combatir, siempre agresivo, comenzó también en Alemania a realizar sus conquistas. El hecho de que el Palatinado calvinista obrara, con vivo afán de acción, para sostener a sus iguales de confesión en Francia y en los Países Bajos, fué un motivo más para que la Sajonia electoral se opusiera reciamente. Temía por su papel hereditario de jefe de los evangélicos, si hubiera vencido la orientación del Palatinado.

Podría alegarse además un motivo ideal para la cómoda política de neutralidad de los estados luteranos. Su intromisión en la lucha de las potencias occidentales implicaba el peligro de que la guerra pasara a Alemania y se convirtiera en una guerra civil alemana. Hasta tanto no existiera una amenaza directa, pareció que valía la pena evitarlo. Y no se sentía tal amenaza. Con una com-

(1) La llamada "Armanda Invencible", con la que el rey de España, Felipe II, paladín de la causa católica mundial, trató de invadir y aplastar a Inglaterra, y que fué desmantelada por las tempestades ya junto a las costas inglesas. (N. del T.)

prensión más amplia de los hechos se hubiera podido comprobar fácilmente toda la extensión de la amenaza. Por el afán angustioso de evitar una guerra civil religiosa, mientras se hubiese podido ganar, se llegó a producir su estallido cuando los enemigos habían logrado la superioridad.

Bajo la protección de la paz religiosa y de la neutralidad, se realizó precisamente en estos años la evolución en Alemania. En primer término, en el campo de la escuela y de la cultura. En el año 1562 la Alemania culta era la protestante. El duque de Baviera tuvo entonces que desistir del envío de un representante al Concilio de Trento, porque no halló en su estado a una sola persona que lo pudiera representar dignamente ante italianos y españoles. Las pocas universidades católicas estaban desiertas y arrastraban triste existencia. Veinte años después las cosas llegaron a ser muy distintas. Los colegios jesuíticos, en posesión de la escuela italiana, que era superior, lograron adueñarse poco a poco de la educación de las capas sociales más elevadas; la cultura más distinguida resultó ser la impartida por los jesuitas. La orden educó, ante todo, a un buen número de jóvenes príncipes, como instrumentos que en caso necesario no fallarían.

El partido católico se ha despertado; firmemente unido, resuelta y atinadamente dirigido, marchaba en línea recta hacia sus fines. Desde el año 1580 una poderosa reacción se insinúa en muchos lugares. Se mencionaron ya los primeros síntomas, hacia 1570. Como punto visible de la crisis puede considerarse la lucha por Colonia en 1582/84. La circunstancia de que el elector Gebhard Truchsess de Waldburg al convertirse al protestantismo no hallara ningún apoyo eficaz en sus nuevos correligionarios —exactamente como cuarenta y dos años antes el duque de Clé-

veris— y de que intervinieran fuerzas militares de los Países Bajos y expulsaran al apóstata, decidió todo el porvenir del bajo Rin y de Westfalia. Colonia siguió siendo católica y posteriormente, ante los batallones españoles, desaparecieron también los administradores protestantes de los episcopados de Westfalia. Hay que tenerlo siempre muy presente: fueron soldados españoles quienes colocaron esta piedra angular de la Alemania católica.

Mientras tanto subía la marea de la reacción. Lo que la pérdida del bajo Rin y de Westfalia no había logrado conseguir, lo causó veinticinco años después la caída de una pequeña ciudad libre del Reich en Suabia. En el año 1608 el duque Maximiliano de Baviera, desde hacía tiempo el jefe guerrero de los católicos, forzó a la ciudad de Donauwoerth a aceptar la confesión católica, anexándola simultáneamente. Esto originó por fin el impulso de una defensa más activa entre los protestantes. Una parte de ellos se organizó ese mismo año, bajo la dirección del elector del Palatinado, en la Unión Evangélica pro defensa de la paz religiosa. Baviera contestó en 1609 con la creación de la Liga Católica. Pareció que la guerra civil estaba a las puertas. Y debía resultar una guerra europea en suelo alemán, pues Francia y España estaban justamente a punto de llegar a las manos.

Pero aquí se paralizó el curso de los acontecimientos. El rey de Francia Enrique IV fué asesinado en 1610; Rodolfo II, el emperador completamente español que estaba demente, fué derrocado por su hermano Matías en 1611. Esto ocasionó una nueva dilación. El nuevo emperador Matías logró evitar el estallido, interviniendo como mediador entre los dos partidos. Pareció que aun podía salvarse la paz, si se dejaba a Alemania librada a sí misma. Pero no debía ocurrir. Si hubiera dependido exclusiva-

mente de los alemanes, puede muy bien suponerse que a pesar de todo la paz no hubiera sido alterada. Debe imputarse sustancialmente a la intervención española el estallido de la guerra.

Bajo el reinado de Felipe III, el imperio español se hallaba en su más orgulloso florecimiento. Revivieron las ideas de Carlos V; se quiso emprender nuevamente la gran lucha contra Francia y se creyó preciso que el rey español se convirtiera otra vez en emperador alemán, para poder guerrear con mayor vigor y atacar al adversario, como en los tiempos de Carlos, desde la frontera oriental. Finalmente se renunció a ello, pero únicamente por presentarse un camino más simple.

El emperador Matías, con su débil política de intermediario, no satisfizo ni lejanamente las pretensiones católicas y su gobierno corría peligro de fracasar en sus territorios hereditarios. Por lo tanto se unieron los archiduques para desalojarlo. Debía sustituirlo Fernando de Estiria, el más incondicional de todos los dóciles alumnos de los jesuitas. Apelando al fuego y a la espada había devuelto a la fe católica su propio estado, con la declaración de que prefería perder tierras y gentes, antes que tolerar en sus dominios a los herejes. Y ahora se proponía hacer lo mismo en Bohemia y en Austria. Para ello necesitaba el apoyo del rey de España, el jefe de la familia, frente a quien la línea alemana de la casa archiducal representaba siempre el papel de pariente pobre. España sola podía dar el dinero tan necesario y el rey Felipe estaba dispuesto a ello, siempre que a él le rindieran otro servicio. En 1617 se hizo el contrato; España se comprometía a apoyar la elevación de Fernando, si se le cedían en cambio las posesiones austríacas en Alsacia.

En seguida se puso manos a la obra. Matías fué expul-

sado primero de Bohemia, después también de Austria y Hungría; Fernando se apoderó de las riendas del gobierno. Con él se inició la conversión violenta y desconsiderada. La respuesta de la población fué en todas partes la franca rebelión. La famosa "defenestración" de Praga (23 de mayo de 1618) es el episodio dramático que dió la señal. Ahora tocó a Fernando ser rápidamente también expulsado de Bohemia; en Austria estuvo apenas seguro de su vida, pero en 1619 murió Matías y dejó vacante la dignidad imperial, la última que le había quedado.

En el mes de agosto de 1619 los electores se reunieron en Francfort para la elección. El único candidato fué Fernando. Resultó tal cual una repetición en mayor escala de los sucesos que se habían desarrollado cien años antes. Lo que entonces había sido una amenaza que con dificultad fué conjurada en 1555, volvería a surgir ahora inevitable y para siempre si se elegía a Fernando. Se conocían sus intenciones; se sabía también que tras de él se hallaba España. La guerra civil religiosa y la intromisión del exterior no podían eludirse por más tiempo. Pero esto ocurrió asimismo: el 28 de agosto de 1619, Fernando fué elegido casi por unanimidad. Solamente el Palatinado electoral se abstuvo de votar, después de haber hecho una última tentativa de alejar el desastre, ofreciendo la corona al duque de Baviera, Maximiliano, que la rechazó, de igual modo que antes lo había hecho Federico el Sabio. La fatalidad emprendió la marcha. Con mucho acierto escribieron a su príncipe los representantes de Brandeburgo: "Como Jesús lloró sobre Jerusalén, hay que llorar por esta elección, frente al desastre que ella deparará a Alemania". ¡Y, con todo, ellos también, de acuerdo con sus instrucciones, habían votado por Fernando!

El espectáculo tiene algo de inconcebible, por cuanto